

FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS

MI VIDA

DISCURSO LEÍDO EN EL ACTO DE HOMENAJE
EN EL INSTITUTO CARDENAL CISNEROS
(25 de abril de 2013)



Queridos amigos:

Este es un momento difícil para mí. Isabel Martín, catedrática de Griego aquí, yo lo fui de 1948 a 1964, me invitó, y con ella el Instituto, a este acto de homenaje. Muchos se han unido a él y he oído palabras halagüeñas, me es difícil contestar. Pero debo dar las gracias a todos; a ella, que es antigua alumna mía en la Universidad Complutense de Madrid y compañera de nuestras aventuras teatrales en Mérida allá por los primeros años ochenta; al director del Centro; D. Pedro Palacios Ortega; a Luis Macía, también de aquella Facultad y antes alumno mío aquí mismo, en Cisneros. Y a todos los que con su presencia y estímulo me han honrado. Este acto me da la oportunidad para contar no sólo lo que yo aporté al Centro, sino, sobre todo, lo de él aprendí.

Pues llegué en virtud de una simple oposición y de unas circunstancias personales, luego diré, aprendí mucho sobre la enseñanza secundaria y, concretamente, sobre la de los Centros del Estado como este, de uno de ellos, en Salamanca, procedía yo. Era simple helenista y salí como un profesor y un defensor y promotor de su enseñanza. Y de las Humanidades, en todas partes y, sobre todo aquí en España.

Estuve aquí 16 años, luego tuve que dejarlo porque no podía con el peso del Instituto, la Universidad, el Consejo de Investigaciones, la Sociedad Española de Estudios Clásicos y tantas cosas más. Y seguí haciendo lo mismo, en lo posible, después de que en el 87, a mis 65 años y en mi mejor momento, el Estado español me despidió como a otros muchos. Nos hizo daño y se lo hizo a sí mismo, o así pensamos.

Es como si a un ciclista, en el momento del máximo esfuerzo, le sacan de la bicicleta y le dejan a pie. Aun así, profesor me siento e intento ejercer como tal en conferencias y publicaciones. Y en la lucha por las enseñanzas medias y por las Humanidades. Con pesimismo a veces por las sucesivas Reformas, esa enfermedad recurrente que rebaja todos los niveles.

Pero hay que comenzar por el comienzo: en 1948 hice simplemente una oposición a una cátedra de griego que se anunció a oposición y la gané.

Oposición difícil, criticaban algunos que se nos pusieran a traducir sin Diccionario coros de Esquilo. Presidía el tribunal D. Mariano Bassols, un catalán latinista y también helenista e indianista, muy españolista además. Fue el creador de la colecciones de textos y traducciones de autores griegos y latinos «Alma Mater», yo le continué tras su muerte, sigo hasta ahora.

El Griego estaba en mala situación, teóricamente era una materia obligatoria, en la práctica menos. Era difícil hacerse respetar en aquellas aulas en que el profesor pontificaba desde una elevada tarima a muchas docenas de alumnos en bancos escalonados: todos varones y grandotes, los colores oscuros

dominaban. Yo tenía 26 años, los bedeles me creían un alumno, no me dejaban entrar. Tenía poca experiencia docente - y muchos pensaban que eso del griego era un tontería. Con todo, me hice respetar - y la cosa mejoró cuando desde el 52, griego y latín sólo en Letras eran obligatorios. Fue la gran época antes de la orgía de reformas.

En realidad, yo aspiraba a la Universidad, donde era ayudante, algunas clases había dado. Pero allí ciertos problemas internos, problemas de otros pero a mí me rebotaban, me cerraban el paso. Una cátedra de Griego estaba convocada a oposición, pero el Ministro no dejaba que se celebrara, era todopoderoso. Entonces, en el 48, salió a oposición el Griego de Cisneros. Yo quería casarme al año siguiente.

Me presenté con otros doce. Mis coopositores se reían del indoeuropeo, los dialectos griegos, la fábula, que eran mis temas. Pero gané. Y me empeñé, testarudamente, en que el griego creciera también aquí, en Cisneros. Y, poco a poco el profesorado me admitía, yo entraba en la casa.

Pero doy marcha atrás: ¿por qué la Universidad se cerraba, sin hacer caso de mi insistencia en que una cátedra convocada debía celebrarse? Parecía lógico y cuando visité a D. Luis Ortiz, Director General, me dijo que yo era un genio, no sé quién se lo contaría, que la cátedra era para mí. Pero el Ministro, que nombraba por el dedo a todo el tribunal, puso el veto. Así pasé a la Enseñanza Secundaria y creo que, a la larga, me hizo un favor.

Yo había terminado la Licenciatura de Clásicas en Salamanca, bajo la égida de D. Antonio Tovar, que había ganado la cátedra de Latín allí. A él se la habían dado para sacudírselo de Madrid. Era demasiado independiente y activo, molestaba a los helenistas de Madrid, de ahí el enviarlo a Salamanca. Allí formó discípulos, yo fui el primero. Y al terminar vine a Madrid a hacer una tesis doctoral. Sólo en Madrid había doctorado.

En Madrid me recibieron mal, pensaban que yo era algo así como el correo del Zar, enviado a recuperar para Tovar su imperio perdido. Tontería, en realidad yo era un chico que iba a continuar su carrera. Mal también en el Consejo de Investigaciones, pasé un año sin ganar un duro, intentando descifrar los enigmas del léxico de las Fábulas esópicas en mil colecciones diversas a través de muchos siglos. Luego me dieron una bequilla miserable.

Me dirigió la tal tesis, D. José Manuel Pabón. Dirigir es una mera palabra, en dos años reuní un fabuloso fichero, que conservo. De una manera u otra fui creciendo.

Otros no quisieron hacerme ayudante de Griego, pero lo fui de D. Bernardo Alemany, no tenía mucho prestigio, pero me ensayé a enseñar Latín, luego Indoeuropeo, a sus alumnos. Estaba enfermo, me dio 500 pts. al final del primer curso. Yo no sabía Indoeuropeo, pero lo aprendí de Meillet y de otros.

Como los futbolistas, como no podía meter goles de frente los metía desde el extremo. Crecí y crecí. No cuento el detalle. Gané puntos en el Consejo de Investigaciones, subí en el escalafón de la Facultad. Publicaba en *Emerita* y en

otros lugares: Griego, Latín, Sánscrito, otras cosas más. Pero quería una cátedra, la que el Ministro prohibía celebrar.

Contra mí no tenían nada, pero era el heredero de Tovar y ganaban tiempo, a ver si sacaban a algún alumno suyo. Quisieron enviarme a Barcelona, pero no piqué. Y gané Cisneros, el 48.

Y vino la sorpresa: en el 51 cayó el Ministro, nombraron a otro, Ruiz Jiménez, y fui catedrático de la Universidad el 52. Bicedrático, era legal. Cierto que en la Universidad me esperaban las guerras universitarias, pero paso ahora de eso, me defendí.

Pero ya estaba enganchado en la Secundaria, seguí en ella por un tiempo, ya he contado. Aprendí, ya digo, mucho. Y todo el Instituto estuvo en mi boda con Amalia Somolinos, bibliotecaria del Consejo. ¡Tenía que ser una bibliotecaria, decía mi padre!

En fin por un tiempo pude llevar las dos cosas y publicar y publicar. Y ayudé a poner en marcha el tema de las Clásicas en la enseñanza secundaria: desde el 49 teníamos reuniones, fundamos la Sociedad Española de Estudios Clásicos y la revista de ese nombre. Cuando al final del franquismo comenzaron las guerras contra las Clásicas, con Villar Pallasí como Ministro, yo era ya el principal defensor. De ahí nació nuestra desgracia (y la de muchos más), la Ley General de Educación de 1970 y sus sucesivas Reglamentaciones.

Y yo llevaba al tiempo la enseñanza universitaria, sacaba numerosos alumnos que se derramaban luego por toda España, lograba que se crearan las Secciones de Clásicas de Sevilla y Granada y llevar a allí a alumnos míos, y sostenía mal que bien las guerras universitarias, a veces hasta ganaba algunas que parecían perdidas. Al menos, íbamos tirando.

Y empezaban los viajes al Extranjero, yo solo primero, luego con colegas y alumnos, creamos algo nuevo en España. El primer viaje lo hice yo solo, a Grecia. Fue en el 53, desde Salónica envié una tarjeta muy amable al director del Instituto, Igual Merino, un buen historiador. Me contestó con un oficio: que inmediatamente regresara. Claro que no regresé. Posiblemente había olvidado algún trámite, como pedir permiso al director. Nuestras relaciones se resintieron. Yo acepté ser Jefe de Estudios, gratis, para que vieran que no escurría el bulto. Conocí otro mundo, el de los niños y sus mamás.

Conocí bien el Instituto y conocí a su profesorado, excelente en buena parte.

Recuerdo, por ejemplo, a D. Pedro Archilla, matemático excelente y hombre bondadoso, luego emparenté con él al casarse su hija Carmen, profesora de Cisneros, con mi hermano Felipe. Vivía en una casa vieja, por el barrio, su mujer echaba polvos blancos a las cucarachas, D. Pedro se levantaba de noche y los barría para proteger a los insectos. Había excelentes científicos como Bustinza y Aleixandre. Matemáticos como Cebrián, él y yo suspendíamos a alumnos libres que luego a lo mejor aprobaban con los puntos que les daban sus profesores. ¡Se carcajean de Pitágoras, bramaba Cebrián! Había sido director

durante la guerra, hasta cayó una bomba en el Instituto. Cebrián envió un oficio al Ministro: «Me cumple, como a director de este centro, darle conocimiento de que ayer cayó una bomba en el tejado. Lo que le comunico para su conocimiento y efectos».

En fin, recuerdo, entre muchos profesores, a Ramiro Aparicio, de Latín. A muchos más. Siempre hay alguno que no se hace respetar: Había uno que daba impávido la clase, entre los disparos de tiza, algo así como Napoleón en Austerlitz. Y recuerdo al maestro Afrodisio, al que había hecho catedrático de esgrima el mismo Alfonso XIII. Provenía, decía, de la Universidad de la calle, me distinguía mucho, me llamaba Atenas. En los grandes días presentaba a sus alumnos, vestidos para la gran parada, en pie en la gran escalera, con sus sables.

He hablado de pasada sobre los exámenes de libres, estos de hombres y mujeres, raro privilegio. Alguien había inventado la frase de que la matrícula no tiene sexo. La verdad, producían algunos ingresos. Y las mujeres que se examinaban alegraban aquello solo con su presencia. Un filósofo examinaba a mi lado, éramos un tribunal, allá en lo alto del aula, como el de la Inquisición, un poco menos. Un filósofo, a mi lado, preguntaba a algunas examinandas: «señorita, ¿qué es la belleza? ¿Qué es el amor?». Yo me hacía el distraído.

Por cierto que las juntas para calificar a los alumnos libres duraban hasta más allá de media noche, tras duros debates con los profesores de los alumnos examinados. Nos daban unas galletas y una copita de jerez. Una noche, por desgracia, cayó una gotita en la solapa de un profesor. Al día siguiente llamó su mujer: «¿Es verdad que mi marido estaba a aquellas horas en el Instituto?».

Bien, además estaba mi adjunto García Salvador, y mis ayudantes becarios: Esperanza Rodríguez Monescillo, Elvira Gangutia, Javier de Hoz, María Antonia Ozaeta, Silvio Costoya, quizá alguno más. Aprendieron mucho. Mejor sistema que el de los masters pedagógicos, en que enseñan a enseñar griego quienes lo desconocen los que lo ignoran. Pérdida de tiempo y dinero.

Pero a los que más recuerdo es a los alumnos. Sobre todo cuando hubo la sección de Letras y, luego, el Preuniversitario. Cuando yo disfrutaba de Homero con ellos: no era verdad que el griego no les gustara. A veces me los encuentro en los sitios más inesperados: en un taller de coches, en un supermercado, simplemente cruzando la calle. Yo no los reconozco, pero ellos me saludan y me dan las gracias. Pero hay también los otros, aquellos cuyo nombre ha quedado en mi memoria, a veces ha continuado el trato: gente importante luego como Gómez de Liaño, José Luis Garci, Jesús Puente, Luis Macía, etc.

La verdad es que trabajábamos duro y con provecho.

Yo combinaba aquello con increíbles viajes, como aquel a Grecia con cuatro autobuses. Por todo el Mediterráneo, luego más allá. En barcos, luego en aviones. Con alumnos y licenciados de la Facultad, sobre todo. Descubríamos el mundo.

En fin, aparte de esto hubo desde fines de los sesenta la lucha contra las terribles reformas, siempre recurrentes, ahora una vez más estamos en otra, no lográbamos pararlas, pero sí rebajarlas. Ahora mismo. Depuse de los franquistas postrimeros y de los socialistas de varios colores ahora tenemos la del PP, vaya por Dios. Hemos logrado mejorar el clima en una reunión de hace pocos días con el Ministro y la Secretaria de Estado, quizá sobrevivamos, en mejor o peor estado de conservación, para seguir tirando. Y enseñando, que es lo nuestro.

Estas reformas, que parten de personas ajenas a la enseñanza, lo único que logran es rebajar el conocimiento, sobre todo de las Humanidades. Generan pesimismo. Recuerdo una carta manuscrita de D. Dámaso Alonso que habla de la tendencia general del mundo hacia la barbarie. D. Manuel Cardenal, distinguido filósofo y hombre de Letras del círculo del Instituto de Estudios Políticos, contestaba a un discurso mío que le envié, diciendo: «Vd es joven, sabio y valeroso (esto para dorarme la píldora), pero tiene la batalla perdida».

¿Qué quieren? Estamos ya curtidos, vamos sobreviviendo y hay quienes nos apoyan. Y tenemos razón.

En fin, no he agotado mi vida en las famosas reformas, he tenido tiempo para vivir fuera de ellas. Sobre todo en Ciencias varias y en viajes a mil lugares que ensanchan el conocimiento y la sensibilidad. Diré muy poco.

Y menos de mis ideas centrales sobre el Indoeuropeo, reconstruyendo fases antiguas a partir de datos que se ignoraban, ahora hay testimonios firmes. Yo he expuesto esto en todos los ámbitos científicos, acogido con cortesía pero con incredulidad por los alemanes, inventores del Indoeuropeo desde hace casi 200 años. Este otro indoeuropeo mío tiene cincuenta, desde que lo defendí en un Congreso en Innsbruck, en 1965, en mil sitios luego. Y ello en sus Congresos desde hace cincuenta años y en sus propias revistas y en las demás. Les cuesta aceptar los nuevos datos que los antiguos sabios ignoraban, les cuesta dar su brazo a torcer y son tradicionalistas contumaces. ¡Que alguien joven como yo lo era entonces fuera a darles lecciones desde un país sin tradición en esos temas era demasiado!

Pues bien, en el último libro de West se reconoce que «ahora» ya se tiende a pensar que en las lenguas de Anatolia hay huellas de un indoeuropeo más antiguo que el que se proponía cuando faltaban esos datos. Yo le escribí a West, con quien había debatido, en Ginebra, sobre los trímetros yámbico que yo encontraba escondidos en la prosa de las fábulas griegas, diciéndole que eso estaba muy bien, pero que yo lo había sostenido en alemán e inglés desde 1962. No me contestó, claro, el fair play británico no llega a tanto algunas veces.

En fin, no es que yo convenza, es que hoy se hace Ciencia en todas partes y los viejos mitos van resquebrajándose ante los nuevos datos e interpretaciones.

Soy optimismo en esto y en otras cosas más, aunque el ritmo de avance en estas Ciencias es más bien tortugaceo. Ahora un profesor de Nueva Delhi,

Gupt, apoya sus ideas sobre el origen del teatro indio en las mías sobre el origen del teatro griego, que vengo exponiendo desde los años setenta. Esto va a imponerse pese a Aristóteles y a Ulrich von Wilamowitz Moellendorf.

Bueno, hay más cosas, pero no quiero insistir. Con esto y con los viajes y las famosas reformas voy entreteniéndome. Pero no voy a olvidarme de mis viajes por América: recuerdos españoles e indígenas, paisajes fabulosos. El griego no me lo dejaba en casa, me freían a conferencias. Ahora este ambiente se me ha casi reducido, y casi casi, también otro más modesto en nuestra Europa.

Pero paso a temas más gratos, otra vez a los viajes, ahora a los personales o con muy pocos amigos, en torno a los estudios que yo cultivaba y sigo cultivando. Hubo un tiempo en que yo me encontraba igual que en mi casa en ciertos lugares de Europa. En Ginebra, en la Fundación Hardt, con su gran biblioteca en la que yo trabajaba. Y con su creador, Reverdin, gran amigo en Ginebra y España, ahora muerto. O en Siracusa, en los festivales de teatro antiguo, que incluían conferencias y debates, todo organizado por Mónaco, muerto también.

O en Delfos, también teatro y conferencias, en el hotel Europa, me veo en una fotografía jugando al tenis en la playa de Itea con una chica mona del grupo. Luego hablaré de Itaca. Pero, por qué no olvidarme un momento de los griegos y hablar de América, de las naciones que fundamos, de los paisajes nuevos? ¿Por ejemplo, de las fortificaciones españolas de Cuba, Puerto Rico, Cartagena de Indias? ¿O del Iguazú o del Brasil? Recuerdo la luna flotando por encima de la selva. O de Buenos Aires o Guatemala o Panamá, Chile o Méjico: las ruinas incaicas, el espléndido barroco. Y Nueva York y Filadelfia - Universidades y museos -.

Todo esto ha sido afortunado para mí, pero crean, el griego no lo olvidaba, me exprimían a conferencias. Griego y más griego.

Y en California, en el Thesaurus Linguae Graecae, que colabora con nosotros. Y no quiero olvidarme de Guinea - vendedores de pieles de serpientes a la puerta del antiguo Instituto. Y aquí me detengo, todo esto es ya pasado para mí.

Pero déjenme recordar un momento Itaca, también ya pasado, murió Kakridis, creador de los simposios sobre la *Odisea*, en los que hablé varias veces, sobre Odiseo y las mujeres, por ejemplo. Allí estaba la flor y nata de los estudiosos de esos temas. Y el alcalde, un poco poeta, ponía altavoces en la plaza para que los del pueblo escucharan nuestras disertaciones, aunque fueran en inglés. Y a mi hija, Helena de nombre, le pedía el teléfono, creía que era Nausícaa y él Odiseo.

Se equivocaba de milenio. Pero a veces los milenios coinciden. Como cuando el alcalde hablaba de política. *Trelló pragma*, cosa de locos, me decía en su griego. Había estado en el partido socialista, pero le habían despedido.

Demasiadas cosas, demasiado caos que yo trataba de ordenar y reflejar en mis escritos. Ahora ha salido mi último libro grande «El Río de la Literatura.

De Sumeria y Homero a Shakespeare y Cervantes». He traído un ejemplar para la biblioteca del Centro y lo presentaré en la feria del libro. Si a alguno le interesara allí puedo firmárselo. Escribiré cosas más leves, dirigiré algunas a ritmo menor, el *Diccionario Griego-Español*, los clásicos Alma Mater, Emerita. Si me dejan.

En fin, termino mi whisky lentamente, mientras intento entender la locura del mundo. Un mundo con el que a veces, sin embargo, me identifico todavía. Y pienso en aquellos y aquellas que me han rodeado y que me faltan. Mi familia casi toda, infinitos amigos y amigas, como Mercedes Vílchez, que está ahora en Sevilla, en el cementerio de San Fernando, al lado de toreros y bailaoras, casi a dos pasos de mi hermano Felipe y de su mujer Carmen, antigua profesora de Cisneros. O como Alberto Díaz Tejera, alumno mío que fundó prácticamente el griego en Sevilla, o Jesús Lens, que lo hizo en Granada. O Antonio Tovar, que me inició en el Griego y el Indoeuropeo y en Sócrates y al que le dedico un artículo, que he escrito ahora mismo, precisamente sobre Sócrates, saldrá en «Emerita», la revista que yo heredé, prácticamente, de él.

Pero el whisky se acaba mientras sigo intentando comprender el mundo, griegos y no griegos. Difícil tarea. Y estas palabras mías se acaban también. Perdón si me he pasado. Me lo critican siempre.

Francisco Rodríguez Adrados



Con un grupo de alumnos del Instituto «Cardenal Cisneros» en los primeros años cincuenta.



Viaje arqueológico a Grecia. Entre otros, J.M^a. Blázquez, Á. Durán, M. Vílchez, C. Morales, María Paz García Bellido, Dolores Lara, C. Serrano, J.A. López Férez (1968).



Representación en el teatro romano de Mérida de «La Asamblea de las Mujeres», con el director, Manuel Canseco, y algunos actores (1981).



